

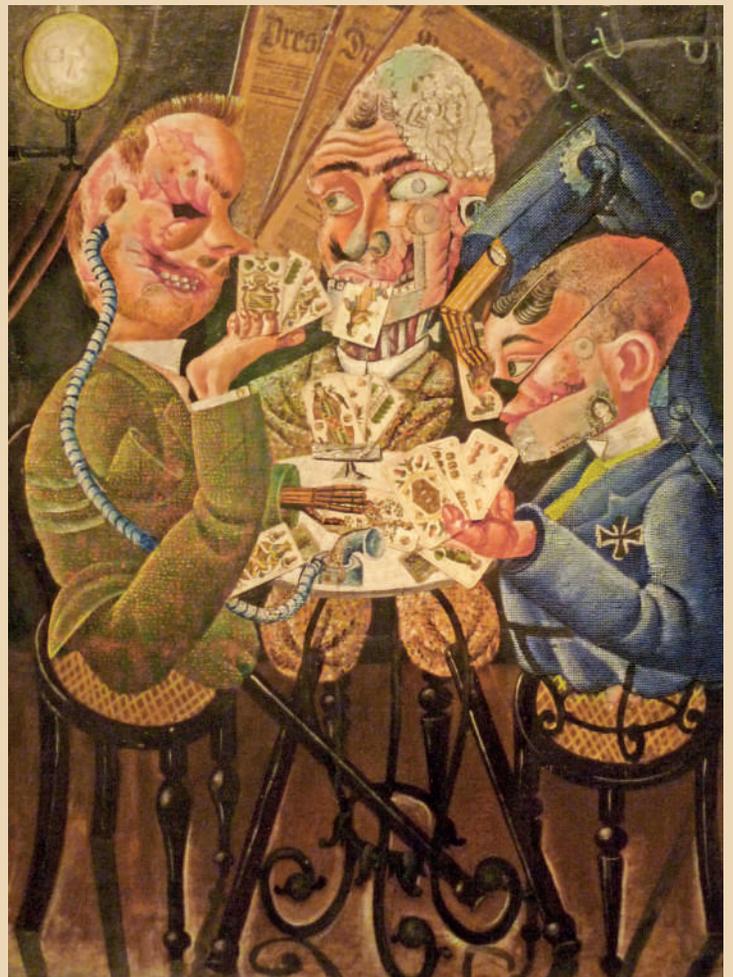
# PRÓTESIS SIMBÓLICAS

**María Isabel Gaviria**

Filóloga hispanista y Magíster en Estudios Iberoamericanos.



*Mujeres blancas*, provincia de Ocaña, 1850.  
Carmelo Fernández



*Die Skatspieler*, 1920  
Otto Dix

Las prótesis son figuraciones de la cultura, por medio de ellas es posible conocer las diferentes representaciones de la realidad. En ellas están reveladas sus transformaciones y sus necesidades de cambio para garantizar la existencia. Las prótesis hablan de cómo se construye la sociedad y el individuo y cómo cada época se ha ido moldeando de acuerdo con sus propósitos, contradicciones y acontecimientos. Ellas son rasgos que la cultura va adoptando, son el artefacto que de manera ambivalente se posiciona a la delantera para resistir al cambio al que obliga la aceleración del tiempo, pero terminan por intensificar el ritmo al crear una dinámica en donde aparentemente todo puede ser sustituido o intercambiable.

La prótesis nos sirve para pensar la cultura. Para entender su funcionamiento es preciso advertir su composición ambivalente desde lo material y lo simbólico. La prótesis no solo se instala en un cuerpo mutilado; también en una existencia amputada. Es por esto que se debe entender la prótesis no solo como una pieza que se introduce en el cuerpo para sustituir la falta de un órgano, sino también en tanto que es un artefacto que se adhiere al cuerpo para transformarlo, para deformarlo de acuerdo con las condiciones históricas. Así, el cambio incesante implantado por la modernidad capitalista se erige como única forma de vida posible. Por esta razón, el ser humano y su cuerpo se hacen insuficientes, de ahí que tenga que recurrir a las prótesis para enfrentar esta condición cambiante en la que sin importar cuántos artefactos se añadan o cuántas formas asuma el cuerpo terminará por ser una forma acumulada que evocará la presencia fantasmal de lo mutilado. En este contexto, el surgimiento de un *homo proteticus* coincide con la tecnificación y la industrialización que pretendían ser la promesa que solventara la escasez. No obstante, dicha promesa sigue siendo fallida. Esos mismos medios que podrían ser la solución, según Bolívar Echeverría, son usados de igual manera para la destrucción.

La maquinización a la que nos enfrenta el *homo proteticus* no solo está relacionada con la fascinación de los tratados del siglo xvii y xviii, en los que se hacía una analogía del cuerpo humano con el funcionamiento de una máquina, sino con la fantasía que produce la figura del autómatas en la literatura del siglo xix y aquellas representaciones de las vanguardias del siglo xx en donde el hombre y la máquina son ya indivisibles. El *homo proteticus* adquiere un cuerpo que no encaja. Es un cuerpo que se vuelve fragmento en busca de su totalidad. Se vuelve parte, porque se divide en sus prótesis que se quitan y se añaden para conformar un cuerpo desarmable. Él se construye deformado ante la imposibilidad de que sus piezas se acoplen interiormente. Por esta razón las prótesis se conforman aquí como un suplemento de un cuerpo que es ya un residuo. Un ejemplo de esto puede observarse en el collage *Die Skatspieler*, Jugadores de cartas (1920), del pintor alemán Otto Dix. En él tres veteranos de guerra están en medio de una partida del popular juego

llamado “Skat”. Sus cuerpos mutilados y deformados se mezclan de manera grotesca con las prótesis que parecieran rivalizar con lo que aún les queda de humanidad. Esta pintura dadaísta no solo denuncia las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, sino que también es una crítica a la maquinización del cuerpo, demasiado frecuente en la actualidad.

Por otro lado, si asumimos, junto con Walter Mignolo, que la colonialidad es la otra cara de la modernidad, entonces el sujeto colonizado se nos presenta como un otro convertido en prótesis. De esta manera si la prótesis de la modernidad tecnificada es la máquina, desde esta otra perspectiva, la piel es la prótesis de la colonialidad. Era posible “blanquear” la piel no solo con el mestizaje, sino que este proceso requería toda una performatividad acompañada del vestido y los alimentos que se consumían. En este sentido la piel es una barrera que se antepone a pesar de que es el principio de todo contacto, pues impide el acceso al otro y a un lugar en la escala social. Al pensar, por ejemplo, en las *Wunderkammer* y su papel en la colonización, se podría plantear que los objetos trasladados desde las colonias a ocupar un espacio en estos gabinetes de curiosidades evidencian la concepción del otro como prótesis. El otro que es prescindible puede ser almacenado, transportado, descontextualizado. Por esta razón, en varios momentos de la historia, ese otro que es tratado de manera suplementaria se ofrece en sacrificio a la razón instrumental y sigue engrosando la cifra de muertos. La situación anterior puede ser ejemplificada con una de las acuarelas de Carmelo Fernández Ocaña, *Mujeres blancas* (1852). En ella se muestra la performatividad de la blancura en la que dos mujeres de clase alta son escoltadas por una de piel más oscura. Esta clasificación racial llevada a cabo por los cuadros de castas en el siglo XVIII responde a un procedimiento de la Ilustración europea en donde se establece la imagen de un otro que se ve diferente y en esa medida se limita su accionar en la sociedad. Aún hoy, estas imágenes racializadas perduran como prótesis incrustadas en nuestra cotidianidad.

La prótesis nos confronta desde la materialidad de la cultura. Es en este sentido que el antropólogo Roger Bartra hace referencia a la “prótesis cultural”. Hablar de prótesis culturales no desconoce las materialidades, por el contrario, abre la posibilidad interpretativa de que si existen artefactos que se anteponen al cuerpo, de igual manera adoptamos discursos e imágenes que influyen en la manera en que nos comprendemos en tanto cultura. Este tipo de prótesis se enmarcan en un sistema simbólico. Aquí se incluyen las estructuras sociales, los sistemas de valores, las emociones, los discursos que como comunidad a nivel global y como comunidades diferenciadas hemos

construido para narrarnos. A lo largo de la historia, la cultura ha ido creando objetos, procesos y estructuras que funcionan a manera de prótesis y han ido moldeando los cuerpos y también las maneras de habitar y de pensar. Estas han intervenido en la construcción de la sociabilidad, en la forma en la que nos percibimos y en la que reproducimos la imagen del otro en ocasiones semejante y en otros momentos estereotipada. Esto quiere decir, por ejemplo que las expresiones que se fijan en la lengua para conformar estereotipos de raza, clase y género se encuentran dentro de aquellas prótesis simbólicas que establecen una imagen fija del otro, la cual es reproducida permanentemente y que sirve de base para la justificación de su inferioridad según lo analiza detalladamente Homi K. Bhabha al explicar el funcionamiento del estereotipo dentro del discurso colonial. Que el negro es malo, que el indígena es pobre, que la mujer es histérica son expresiones protetizadas que se han fijado y se han antepuesto a la manera de un filtro que atraviesa las formas de interacción social y que al mismo tiempo se imponen como una plantilla fuera de la que no se permite otra visión. Es por esto que la prótesis al ser un mecanismo analítico se nos presenta de manera ambigua porque, aunque supone un cambio, algo que se puede poner y quitar, también puede ser una deformación que fija y condiciona. No obstante, desde esa misma ambigüedad, la prótesis posee dentro de sí misma el mecanismo que la desactiva y le permite movilizar las estructuras y las imágenes que han permanecido ancladas. De esta manera la prótesis se convierte en un elemento de análisis que señala críticamente los puntos y los discursos a revisar, pero al mismo tiempo, a través de ella es posible un reversamiento y una resignificación; ella también es un mecanismo que ofrece herramientas para construir subjetividades y discursos alternativos.

La cultura habla mediante sus prótesis y nos enfrenta a diferentes perspectivas en las que se aborda la corporalidad, la imagen del otro y las figuras del pensamiento que acompañan el discurso. No obstante, se debe ver en las prótesis que la cultura va adoptando para sí una posibilidad, desde su fragmentación y su multiplicidad ambivalente, de redefinir y asumir posturas móviles diferentes a las tradicionales. En una época en donde la acumulación de objetos se vuelve cada vez más abrumadora y en la que las fronteras entre lo humano y la tecnología son aún más borrosas, mi propuesta para pensar la cultura y al sujeto por medio de la prótesis, consiste en intentar ver a través de ellas un mecanismo para pensarse críticamente. La prótesis deberá ser un dispositivo interdisciplinar y polifacético para analizar la cultura y el sujeto desde una perspectiva poscolonial, poshumanista y de género. ■